

CAPÍTULO VIII

La política en la globalización

EL DESAFÍO DE SINTONIZAR CON LO NUEVO

El país experimentó durante los últimos 15 años lo que nunca había vivido: un crecimiento del 7% al año. Entre la década de los sesenta y fines de los noventa, el ingreso de las familias aumentó cinco veces. Esto produjo un completo vuelco en el estilo de vida de los chilenos. Las familias se lanzaron ávidamente a consumir, sin cortapisas ni gradualismo. Dos tercios de ellas usan tarjetas de crédito. Se trata de personas que extienden más y más su jornada de trabajo, para cubrir su creciente propensión al gasto y endeudamiento. Estos sectores podrían describirse como satisfechos aunque extenuados por el esfuerzo.

A este fenómeno tratan de responder los dirigentes políticos y los partidos que los respaldan. Hasta ahora los partidos políticos han presentado graves dificultades para abrirse a lo nuevo. Parecieran seguir, como los viejos generales, peleando con las tácticas de la última guerra. No de otra forma se explica, por ejemplo, el medio millón de votos que perdió la DC en la elección parlamentaria de 1997.

Lo que requieren los partidos políticos es sintonizarse

mejor con lo nuevo. Debieran hacer un esfuerzo sistemático para anticipar qué configuración de estilos de vida, hacia qué tipo de sociedad nos encaminamos en la primera década de este siglo. En cierto sentido, deberían hacer campaña hoy como si fuera la campaña presidencial del 2005 ó 2010. Así lo exigen lo vertiginoso de los cambios en la forma de vida de la gente y las nuevas demandas que ésta plantea.

La Europa del 2010

Un estudio prospectivo reciente de la Unión Europea respecto de cómo será la Europa del 2010 describe varias evoluciones posibles. Alternativas de vida que bien podrían aplicarse a nosotros. Un primer escenario es descrito como el triunfo de los mercados. Se impone en el mundo el modelo norteamericano. Se despliegan en plenitud la iniciativa y creatividad empresarial. Al mismo tiempo se configura una sociedad individualista, fragmentada, con un Estado pequeño, y caracterizada por la exclusión social.

Un segundo escenario, descrito como “Florece 100 flores”, estaría marcado por el predominio de la revolución informativa. La sociedad se descentraliza, se hace más creativa, se trabaja desde el hogar, o en pequeños grupos humanos conectados por Internet. Allí se toman las decisiones realmente relevantes para la vida de las personas. Se debilitan el Estado, la comunidad y las normas jurídicas. La política se hace irrelevante. Se desconfía de ella. Estas sociedades tan descentralizadas se hacen más y más difíciles de gobernar hacia fines de la próxima década.

Una tercera posibilidad, la tercera vía, representaría una reacción de la opinión pública y el electorado frente a la economía de mercado globalizada. Se trataría de corregir los

déficit sociales y ampliar la participación ciudadana. Se buscaría renovar los consensos básicos, pero se habría configurado hacia el 2010 una sociedad con muchos conflictos entre grupos de interés. Los gremios empresariales, los médicos, los profesores, los ecologistas, los sindicatos, cada uno presiona al Estado para extraer más y más beneficios. La economía pierde dinamismo.

Tampoco puede descartarse un cuarto escenario. En éste la opinión pública reacciona contra la globalización y el mercado, así como contra los deterioros de la calidad de vida y el medioambiente. La divergencia entre la realidad de los mercados y las aspiraciones de la sociedad se traduce en la aceptación de un crecimiento más lento pero más armonioso, cuidando la naturaleza y preservando los recursos naturales

El escenario para Chile

¿Cuál de estos escenarios posibles para la Europa del 2010 podrían también prevalecer en Chile? ¿Hacia dónde deberían reorientarse las políticas públicas en la próxima década, en función del escenario más deseado? A nuestro juicio, hay tres rasgos fundamentales insustituibles. Primero, políticas que aumenten las seguridades, las certezas con que las personas encaran el futuro. Se trata de cubrir los riesgos y efectos catastróficos que la globalización y las crisis económicas consiguientes tienen sobre el empleo, el acceso a la salud y la previsión, y que ponen en peligro la permanencia de los hijos en el sistema educacional.

Segundo, es inevitable contrapesar los efectos alienantes de la globalización, mediante fuertes estímulos e incentivos al desarrollo local, especialmente de pequeñas y medianas

empresas con identidad regional y local. Este es el espacio de creatividad que hay que asegurar para quienes son desplazados de su actividad por las gigantes transnacionales que toman posiciones dominantes en sectores claves.

Tercero, hay que proteger a los ciudadanos de los abusos de tarifas o de prestaciones inadecuadas por parte de quienes controlan servicios básicos privatizados, que a menudo constituyen monopolios naturales. La regulación de estos sectores va quedando obsoleta por la transnacionalización de la estructura de la propiedad y de los centros de decisión. Hay que cambiar el concepto de regulación por el de derechos o servicios mínimos garantizados para toda la población. Esto vale para la salud y previsión, pero también para la electricidad, el agua potable o el aire limpio.

¿QUÉ OPOSICIÓN SE NECESITA?

Es bastante generalizada la percepción de que los chilenos hemos encontrado, desde el retorno a la democracia, un camino y un método político que hace posible construir aquí un buen país. Los ocasionales retrocesos hacia el lenguaje de la confrontación polarizada entre Derecha e Izquierda no son duraderos porque la opinión pública empuja en sus manifiestas preferencias hacia los acuerdos y no a la confrontación.

No sé si en esta década llegaremos a ser el país estrella que pone como meta Ricardo Lagos. Pero no cabe duda de que la forma en que fue encarada la última elección presidencial por los distintos sectores políticos y por los candidatos, así como su resultado, son hechos que apuntan en la misma dirección: con excepción del factor Pinochet, el país se mueve, y la opinión pública tiende hacia posiciones donde

las divergencias en las políticas públicas se van reduciendo, y donde las conductas políticas van haciendo posible, más que nunca antes en nuestra historia, la cooperación, el diálogo, los acuerdos y el respeto recíproco en las discrepancias.

Ello es coherente con la idea de que el éxito de un gobierno no se mide tanto en sus primeros cien días. Lo que determina su lugar en la historia es su capacidad de una gestión exitosa que incluya sus últimos cien días. La visión de seis años, que frena los impulsos y arrebatos inmediateístas, es la que debe prevalecer.

La actitud de la Derecha

La Derecha más vinculada a Pinochet en el pasado parece estar en medio de un cambio que puede ser notablemente positivo para las perspectivas de construcción de un buen país.

Si Joaquín Lavín logra embarcar a sus partidos genuina y honestamente en la política de los acuerdos, la eficacia de la acción legislativa daría un enorme salto hacia delante y se potenciaría aún más el crecimiento del país. La opinión pública no politizada lo aplaudiría.

Pero en éste, como en tantos otros temas, el avance puede paralizarse por la sombra de Pinochet. Si la UDI sigue condicionando la política de los acuerdos a la situación personal del general, la oportunidad de la nueva política que parece propiciar Lavín se habrá desperdiciado enteramente. La credibilidad de su proyecto estaría dañada.

Una Derecha lúcida debería buscar asociarse al buen resultado económico que habrá en este sexenio. En el camino indudablemente se irán marcando sus diferencias. Pero es mejor apostar al éxito del país en los próximos años que hacerse prematuramente cómplice de su fracaso.

EL DILEMA ES ATREVERSE

“Ustedes, los chilenos, tienen que atreverse. Llevar adelante un proyecto de país”. El comentario me lo hizo Alain Touraine durante un encuentro del Consejo Empresarial de América Latina que sesionó en Brasilia, paralelo a la Cumbre de Presidentes, el año 2000.

El comentario que escuché de Touraine es atingente a Chile en este cambio de época. También lo es para la Concertación. Ésta no ha mostrado claridad en la definición de algunos temas de fondo.

La Concertación llegó al poder y ha gobernado por 10 años porque logró transmitir al electorado que era la única fuerza capaz de hacer la transición a la democracia en paz, con una economía ordenada, en crecimiento y atacando el déficit social. Los resultados son notablemente exitosos. Pero hoy eso no basta.

Este conglomerado tiene la necesidad de afirmar un proyecto distintivo que responda a la pregunta de cualquier electorado: por qué votar por esta coalición, qué los diferencia de la oposición, cuál es su aporte específico.

La Derecha no ha tenido más claridad que la Concertación en temas claves. Lavín y Pablo Longueira exigen al gobierno aumentar fuertemente el gasto público, como remedio al desempleo. Sus técnicos y economistas argumentan con vehemencia lo contrario.

Reformas sociales

¿Qué debería afirmar una Concertación que aspira a ser futuro? Tendría que desplegar una visión que no descansa sólo en la idea de eliminar los déficit democráticos heredados del pasado.

La tarea de cualquier fuerza política que gire hacia el futuro debe partir de los datos nuevos del entorno. Estamos en medio de una enorme revolución tecnológica que está cambiando la forma de hacer las cosas y de tomar decisiones, en todos los ámbitos: cultural, económico, de los negocios y de los gobiernos.

Esa revolución exige alta capacidad de reacción y de adaptación. Requiere individuos e instituciones innovadoras, en su máximo despliegue. Por eso, este proceso debería marcar también el cambio de una cultura burocrática por una cultura emprendedora.

Los cambios en la economía mundial provocan inseguridad. Afectan fuertemente la estabilidad de personas y familias. La actual crisis económica es un buen ejemplo. Inesperada, profunda y disruptiva, genera una parálisis de los consumidores.

La Concertación debería responder a esta inseguridad paralizante con reformas de fondo que den en el futuro una cobertura básica garantizada en salud y previsión a todas las personas, cualquiera sea su condición social. Los lineamientos para estas reformas están dadas hace tiempo. Falta atreverse a ponerlos encima de la mesa, a concordarlos rápido dentro de la Concertación y convertirlos ahora en proyectos legislativos.

Avidez de lo nuevo

Pero para completar su visión de futuro, la Concertación tiene que entender cabalmente el otro anhelo. La gente desea sentirse más segura, pero también quiere participar de lo nuevo. Tiene avidez de consumo, de viajes, de cine, de nuevos modos de vida. Quiere dominar la computación, navegar en Internet, aprender inglés. Hay una clara demanda

por lo moderno, por una mejor educación, por una mayor libertad en el uso del tiempo propio.

Se dice que los chilenos somos estructurados. Ordenados pero adversos al riesgo. Rutinarios más que innovadores. Hemos sido moldeados por una cultura desde el Estado, equiparadora de opciones, pero jerárquica, gris, predecible.

La revolución en marcha en los países desarrollados es vital y vibrante porque descansa en la fuerza de las ideas nuevas. Cree en la capacidad creativa de cada persona. El Estado debería ser el facilitador de este proceso. La Concertación tendría que asumir hoy estos temas. Convertirse en la vanguardia de la desburocratización.

El Presidente Lagos se ha comprometido a descentralizar el 50% de los recursos del Estado. ¿Cómo se va a gastar esa plata? En la Nueva Economía, la decisión la debe tomar la comunidad regional o local, públicos y privados, después de recoger las ideas nuevas en su entorno. Debería ser un ejercicio convocante de talentos, no una decisión burocrática de un CORE o de un servicio público determinado.

Las nuevas ideas requieren un empuje inicial. El gobierno de la Concertación debería comprometer recursos y crear, en conjunto con los privados, fondos de inversión de riesgo descentralizado en cada localidad para financiar los buenos proyectos e ideas innovadoras que allí surjan. Esto debería abrir las puertas a la capacidad creativa de miles de profesionales jóvenes a lo largo de todo el país.

La difusión de los nuevos conocimientos y tecnologías requiere además un esfuerzo masivo en la educación superior. También es prioritario institucionalizar jornadas de trabajo flexible. Esto permitiría a las personas aventurarse en trabajos más creativos de tiempo parcial, haría posible el trabajo en el hogar de la mujer. Permitiría destinar más tiempo a los hijos y a la familia.

Son algunos de los temas del futuro. Si la Concertación los asume, creará un campo magnético de atracción a su alrededor. Allí gravitarán los jóvenes profesionales, el electorado independiente, las mujeres de clase media que con cada vez mayor libertad buscan un proyecto político moderno, humanizante y creador. Como para pensarlo seriamente. Como para atreverse.

TAREAS PARA LA CONCERTACIÓN

Los resultados de la primera vuelta electoral en la última campaña presidencial fueron elocuentes en demostrar que la Concertación estaba enfrentando su más difícil desafío desde que se impusiera en el Plebiscito de 1988.

Ello en parte fue consecuencia de la crisis recesiva y del alto desempleo que afectaba al país. No sólo se trataba de una recesión económica profunda y prolongada. Más significativo aún es que ella ocurrió luego de quince años de crecimiento rápido e ininterrumpido.

En esos años, las personas ataron su suerte, sus planes de consumo, su nivel de endeudamiento a la expectativa de ingresos personales que crecían a tasas anuales cercanas a los dos dígitos. Todo ello pareció desaparecer, sin aviso previo ni explicación. El electorado estaba enfadado, confundido. Buscaba a quien responsabilizar.

La paradoja de los indicadores

Lo paradójico de esta situación es que ese electorado ha vivido, en la década de los años noventa, el mejor período desde el punto de vista económico y de expectativas de bienestar del siglo que termina.

Podríamos desafiar al lector a escoger cualquier indicador de desempeño económico o progreso social, y apostar a que no se encontrarán mejores resultados que los que hemos experimentado en la década de gobiernos de la Concertación. Desde luego, para cualquier indicador el resultado es significativamente mejor que en el gobierno militar. Es superior en el crecimiento económico, en la inflación, en la inversión y el ahorro, en el empleo, en la pobreza, en la vivienda, en la educación y la salud. Agreguemos a ello la calidad de la convivencia y la paz social, y tendremos el cuadro notablemente positivo que aprecia el resto del mundo, y que parte importante de los chilenos hoy no parece valorar.

El buen gobierno

La Concertación, en esta etapa de dificultades, tiene que mostrarse, con más fuerza que antes, como un proyecto nacional, convocante, y en diálogo permanente con todos los sectores, aunque sean adversarios políticos. Hay quienes han querido enterrar prematuramente la política de los acuerdos y redefinir la política en estos años como una confrontación polarizada de mundos mutuamente excluyentes, sin comprender que el haber ocupado un terreno algunos peldaños por encima de la contienda política cotidiana, explica mejor que nada los buenos resultados de los gobiernos de Aylwin y de Frei.

El otro capital político de la Concertación es su capacidad de buen gobierno. De hacer buenas políticas económicas. De impulsar reformas sociales bien concebidas y mejor implementadas, como la reforma educacional y la de la justicia. Ese capital no debe dilapidarse.

Los cada vez más extensos sectores medios de la sociedad chilena desean seguir adentrándose por el camino nuevo de las oportunidades de consumo y bienestar. Dependen cada vez menos del Estado. Valoran su mayor autonomía personal y familiar y su capacidad de construir su propio camino. Pero requieren de mayor seguridad en el acceso a la salud y la previsión. Reclaman una mejor calidad en la educación y resienten su alto costo. Desean mayor protección frente a prácticas abusivas de parte de sus empleadores. Demandan reformas profundas en estos planos. Pero exigen reformas bien ejecutadas, sin pasos en falso, ni retrocesos ni apresuramientos electoralistas. Sin conflictos innecesarios. Con eficacia. Sin demagogia ni populismos de último minuto.

Electores más exigentes

Los electores no se conforman con lo ya logrado por ellos mismos y por su país en la última década, aunque el progreso haya sido, en muchos aspectos, espectacular.

¿Cómo interpretar simultáneamente a los partidarios y a los descontentos? ¿Cómo hacer que unos y otros se sientan parte de un mismo proyecto de país, aunque difieran en ideas políticas? La Concertación lo ha logrado por un largo período. Su capacidad de hacerse una vez más creíble en esa convocatoria amplia, de unidad nacional, es lo que determinará su éxito o fracaso en las elecciones futuras.

¿QUÉ ES EL CAMBIO?

La última campaña presidencial fue dominada, sin contrapeso, por las técnicas del mercadeo. Se trataba de identificar

ante el público una característica del producto que se deseaba vender y de repetir la frase símbolo, “el cambio”, hasta convertirla en un concepto incuestionado, que se acepta porque está allí: en la televisión, en las calles y en los postes de alumbrado.

No cabe duda de que el candidato y actual alcalde de Santiago, Joaquín Lavín, usó la técnica con maestría. El concepto vendido fue el del cambio. Lo sorprendente es que su campaña se logró sostener en una idea abstracta de cambio, sin que fuera acompañada de una clarificación respecto de en qué consiste ese cambio.

Un estilo seductor

La Concertación se sintió apabullada por la idea fuerza de la campaña opositora. No tuvo suficiente claridad para contestar con el más obvio de todos los argumentos: las metas expresadas en el programa de Lavín durante la campaña presidencial ya habían sido cumplidas, cada una de ellas y algunas con creces, por los dos gobiernos de la Concertación. Ya en el gobierno de Aylwin se crecía al 8% en promedio, la inversión llegaba al 30%, se reducía la pobreza en forma drástica. En el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle continuaron los avances hasta reducirse la pobreza a la mitad, y la inflación al nivel más bajo en 60 años.

Hemos invitado reiteradamente a hacer el siguiente ejercicio: que se escoja cualquier indicador económico o social y se comparen los resultados en los mejores diez años del gobierno de Pinochet con la década en que la Concertación ha gobernado. No hay área donde los resultados de los años ochenta superen a los de los noventa. En éstos últimos, el crecimiento económico es el doble, las exportaciones crecen

más y se diversifican, hay más ahorro e inversión. Suben fuertemente los salarios. Algo similar ocurre con las pensiones mínimas. Los indicadores de resultados en educación son notablemente mejores, aumenta fuertemente el número de viviendas construidas, así como las inversiones en infraestructura que mejoran la calidad de vida en las comunas más pobres. El consumo de las personas se estanca en los años ochenta y crece seis por ciento al año en la década que recién termina.

Por lo tanto, el argumento de la Derecha opositora de que el cambio era necesario porque ellos serían mejores administradores no se sostenía al cotejar las cifras. Si se comparan por sus resultados, los gobiernos de la Concertación han administrado con mayor eficacia que el gobierno de Pinochet, o que cualquier otro gobierno de la derecha, como el de Jorge Alessandri, por ejemplo. Nuestro argumento se refuerza, además, por el hecho de que las supuestamente ambiciosas metas económicas del “cambio” no hacían sino emular lo ya logrado por Aylwin y Frei.

¿En qué consistía el cambio, entonces? Un destacado economista de Lavín afirmaba: “El cambio de Lavín no es económico. Es político”.

No cabe duda de que la campaña de Lavín se realizó en un estilo que resultó cautivador para muchos electores. Su capacidad como comunicador fue notable. Pero tal vez la clave de su éxito estuvo en que apareció como un político que hizo aparecer como fáciles y obvias las soluciones a problemas que han agobiado a los chilenos por generaciones. Ante cualquier auditorio y frente a cualquier problema, ofrecía una solución pronta e inmediata. Se trataba de un enfoque casi mágico, donde no habría restricciones de recursos, donde todo es posible ya.

Por cierto que se trataba de un espejismo. La gente, en

un país como Chile, sabe que al país le ocurre como a su familia. Los recursos no alcanzan, se avanza gradualmente, con enorme esfuerzo. No todo se puede hacer al mismo tiempo.

La Concertación tuvo, como una de sus principales virtudes, el coraje de romper con el populismo y explicar esto a la gente. En este sentido, la campaña de Lavín marcó una cierta regresión hacia formas tradicionales de la política en nuestro continente, aunque formuladas en el más moderno envase comunicacional.

Este estilo puso en un pie forzado a la campaña de la Concertación. ¿Cómo competir frente a una avalancha de ofertas que iban adquiriendo un ritmo frenético, a medida que avanzaba la campaña de la segunda vuelta, y que la televisión dócilmente reproducía en el noticiario vespertino? Como Lavín perdió la elección, quedaron sin contestar algunas preguntas claves: ¿cuándo y cómo se produce la hora de la verdad? Es decir, el momento en que las cifras no cuadran, en que las promesas no se cumplen. ¿Cuándo se cambia el lenguaje desde lo que la gente quiere oír hacia la realidad de los recursos escasos, los avances graduales, el sacrificio compartido?

Los países se desarrollan cuando logran sostener esta última lógica durante varias generaciones. Fracasan y retroceden cuando toman la mirada corta: cuando se generaliza una actitud que dice “que me den ahora lo más posible. Que no me hagan pensar. Que me solucionen mis cosas ya”.

A la Concertación le costó mucho salirse de la lógica populista. Las exigencias de la política para la televisión hacen cada vez más difícil mantenerse en ese camino. Pero el país lo necesita.